

La ley de la fuerza, despues de haber favorecido algun tiempo á los Polacos, se ha declarado finalmente por los Rusos» (1). *M. Proudhon* olvida que una parte de la raza eslava ha sido adjudicada á la Prusia y otra al Austria: ¿serán tambien Viena y Berlin centros del panslavismo? Nada prueba mejor la poca fuerza de estas justificaciones que el ver el mismo hecho interpretado en sentidos contrarios, y siempre bien justificado, segun los intereses ó preocupaciones de los apologistas. Donde el escritor frances ve la victoria del panslavismo ruso, un historiador aleman encuentra la preponderancia del germanismo: «La Prusia y la Polonia no podian coexistir, dice *Stenzel*; una de las dos razas debia sucumbir; los designios de la Providencia hicieron sucumbir á la raza eslava. Esto no excusa, ni ménos justifica, los medios de que se han servido los repartidores; pero sirve para hacer que nos conformemos con el resultado» (2). Esta última apreciacion es más prudente, pero no es más admisible que la primera. Una de ellas destruye á la otra. Si algun filósofo austriaco tomase parte en la discusion, de seguro que diria que los Eslavos de la Galitzia están muy en su lugar en un imperio que no es más que un conjunto informe de razas diversas.

Dejemos á un lado las justificaciones sacadas de la necesidad; es evidente que estas explicaciones no explican nada. Sin embargo, debemos creer, á ménos de negar la Providencia, que hay en la desaparicion de una nacion, aunque no sea más que temporal, un juicio de Dios. Se ha dicho, y tal es nuestra conviccion, que no depende de nadie el aniquillar á un pueblo que quiere vivir. A decir verdad, las naciones no mueren; tienen una mision que cumplir como miembros de la humanidad, y son inmortales como el género humano. Si á veces desaparecen de la escena del mundo, es porque han merecido esta muerte aparente; pero renacen, áun cuando sea al cabo de siglos, cuando se han transformado; ejemplos, la Grecia y la Italia. La Polonia ha sucumbido no tanto bajo la omnipotencia de la fuerza, cuanto bajo el peso de sus faltas; es un suicidio tanto como un asesinato. Habia lle-

(1) PROUDHON, *De la guerra*, t. I, p. 267.

(2) STENZEL, *Geschichte des preussischen Staates*, t. II, p. 165.

gado á un estado en que, no respetándose ya á sí misma, no merecia respeto.

La espantosa anarquía que la desgarraba hacia siglos, acabó por desmoralizar la nacion, al ménos aquella parte de la nacion que tenía existencia política. Preciso es creer que la disolucion de la nobleza era irremediable, puesto que continuó despues del terrible golpe con que Dios castigó á la Polonia. Sin embargo, los testimonios son unánimes; presentan la república en un estado peor que el de la sociedad romana en tiempo de la invasion de los Bárbaros. En otro lugar hemos trazado el cuadro espantoso de la decrepitud de un imperio que, visitado por la venganza divina, sigue divirtiéndose en medio de su agonía. La nobleza polaca seguia revolcándose en el fango y en el crimen, cuando el reparto estaba apénas consumado y la herida brotaba sangre todavía. Dejemos la palabra á testigos oculares.

Un enviado diplomático escribe el 11 de Junio de 1774: «Es casi imposible trazar el cuadro de lo que aquí sucede; á pesar de todo lo que dicen los periódicos, no dicen bastante. No hablan más que de inconsecuencias y ligerezas, ignoran las injusticias, las rapiñas, los odios en que se incurre por codicia. El nuncio, prelado tan respetable por su carácter como por sus luces, me dice que los seculares y los eclesiásticos rivalizan en infamias. Me asegura que desde el desmembramiento la corrupcion ha ido creciendo hasta el punto de no conocer ya freno. Tal es tambien la opinion de los otros embajadores; apénas se atreven á decir lo que ven, por temor de dar á sus narraciones aire de novela. Esta perversidad me hace temer que no han llegado á su término las desgracias de la nacion, y que va á caer sobre ella alguna nueva tempestad» (1).

El mismo diplomático escribe el 1.º de Mayo de 1784: «Se me acusará de escribir un libelo. Pero escoja Vuestra Excelencia, y désigneme un delito, el que quisiere, y yo me obligo á citar con sus nombres y apellidos nobles polacos de primer orden que lo han cometido. Y todos estos crímenes se cometen con escandalosa impunidad. ¿Qué digo? Los culpables viven en Varsovia, en la

(1) HERMANN, *Geschichte des russischen Staates*, t. V, p. 541, nota.



córte del rey, ocupan las funciones más importantes, son considerados como se considera en otras partes al mérito y á la virtud. Permittedme algunos detalles. Hace pocos días la mujer del palatino de Rusia dijo, dirigiéndose á un conde, caballero de Malta, hijo de un palatino: «Me habeis robado mi reloj, no valia la pena; no vale más que 80 ducados.» Un palatino ha sido convicto de haber falsificado letras de cambio. Otro se enriquece teniendo mesas de juego con cartas señaladas. Este vende bienes que no le pertenecen. Aquel hace una quiebra fraudulenta. Hay quien ha encontrado un medio más sencillo de pagar sus deudas, que consiste en robar á sus acreedores sus documentos. Un ministro acaba de apoderarse por medio de la fuerza de los bienes de su vecino. La justicia interviene para reintegrar al propietario. ¿Qué hace el ministro? Arma á sus colonos y da una batalla á su adversario» (1). Hé aquí el resultado de la soberanía reconocida á los individuos; era un estado de guerra, lo mismo que entre los reyes; sino que en lugar de quitarse provincias, se robaban relojes y recibos.

Habia un signo de decadencia, que acusa un vicio profundo en el estado social, y es la despoblacion. El mismo mal corria al mundo antiguo; hubiese muerto de inanición, si Dios no hubiese enviado á los Bárbaros para regenerarlo. Es una maldición que va unida á la dominacion egoísta de una familia ó de una casta. Las razas reales perecen. Entre los antiguos la aristocracia de los hombres libres equivalia al poder real; por eso pereció. En Polonia los nobles eran reyes. Un ilustre mártir de la libertad polaca nos dirá lo que habia llegado á ser la nobleza á fines del siglo pasado: «La historia, dice *Lelewel*, no habla ya de aquella nobleza y no presenta ya ejemplo de aquellas numerosas reuniones del órden ecuestre que formaban los *rokosz* y los *pospolitos*. ¿Qué ha sido de aquella valerosa nobleza que daba cientos de miles de caballeros? ¿Ha perecido, ó se ha perdido en otra clase? De todo ha habido. Parte de las familias nobles se extinguieron; otras se empobrecieron hasta el punto de no poder ya equipar un caballo ni comprar armas; los que en otro tiempo habian sido soberanos,

(1) Memoria del ministro de Sajonia, en HERMANN, *Geschichte des russischen Staates*, t. VI, p. 488, 490.

se convirtieron en *deudores* y casi en siervos.» Es necesario leer en *Lelewel*, para creerlo, á qué punto de desolacion habia llegado la república que habia sido la potencia preponderante en el Norte: «Las estepas de la Ukraina están en parte desiertas, privadas de cultivadores; la Podolia está inculta. Bosques sombríos brotaron en el piso de ciudades florecientes en otro tiempo, y en aldeas cuyos nombres han sido dados á estas selvas. Junto á la misma capital, la llanura baja que se extiende hácia el oriente del arrabal de Praga, se cubrió de *maleza*. En toda la Polonia se ven bosques surcados por el arado, restos de habitaciones arruinadas» (1).

Cuando una nacion poderosa ha llegado á tal estado de decrepitud, cuando le es imputable esta disolucion física y moral, puede decirse que ya no merece vivir. Es una dura leccion que da la historia á los pueblos libres. La libertad sola, exclusiva, conduce á la anarquía, y la anarquía á la muerte. Es preciso que el derecho del individuo se concilie con el derecho de la sociedad; si no, la vida comun de los hombres es imposible. Esto quiere decir que la libertad del individuo no puede llegar hasta la soberanía, que el derecho debe reconocer un deber. La nobleza polaca ejercia la soberanía, y contrajo todos sus vicios. Olvidó al pueblo en el cual reside la verdadera soberanía. Ha sido necesaria una dolorosa expiacion para traerle al sentimiento del deber. Ha apurado el cáliz hasta las heces; se ha fortalecido en la adversidad y con ella la nacion. La Polonia renacerá; esto es tan seguro como que hay un Dios y una justicia divina.

(1) LELEWEL, *Historia de la Polonia*, t. II, 327, 329.